

Un Plagio Literario

EL TESTAMENTO DEL MARRANO



Por
Héctor Alarcón Correa

Julio 14 de 2006

Había, hasta hoy, un episodio escondido, o por lo menos oculto de mi vida, que me causó simultáneamente una gran vergüenza y un recuerdo imborrable. Sí. Yo cometí un fraude literario, un plagio, una de las peores ofensas que se pueden cometer contra el intelecto y la cultura humana. Pero lo curioso del episodio fue que la única persona en el mundo que se dio cuenta del fraude, fue el propio autor de esos versos, quien guardó el secreto hasta el fin de su vida.

Era el año 1959, y estudiábamos en el Liceo de la Salle de Bogotá cuatro de los hermanos Alarcón Correa. Mientras Gonzalito comenzaba en INFANTIL, Álvaro estaba en tercero de primaria y Flavio en tercero de bachillerato. Iván Rodríguez estaba en segundo y como siempre era el mejor alumno del Colegio. Yo cursaba el quinto año de bachillerato y pertenecía simultáneamente a las Sociedades Científica y Literaria del colegio.

Como activo participante disponía de acceso libre a la biblioteca y a los laboratorios y de un cuartito misterioso en la parte trasera de una de las alas del colegio donde funcionaba un mimeógrafo para imprimir quincenalmente la revista PROA, órgano de ambas Sociedades.

La Sociedad Literaria funcionaba bajo la guía del Hermano Daniel de La Salle, que a la vez era el titular de nuestro curso. Las sesiones eran los Jueves después de clases, y en ellas se presentaban trabajos de investigación, crítica literaria y composición. Yo me destacaba principalmente por la poesía, donde elaboraba sonetos floridos y rimbombantes, que causaban gran admiración entre los compañeros.

La pertenencia a ambas sociedades me permitía ser considerado con benevolencia por los profesores de aquellas materias en las que no era muy hábil, y tener vida social fuera de las clases, a tal punto que casi quincenalmente organizaba cocteles para integrarnos, donde la bebida era un Vodka con jugo de naranja o mandarina y como pasabolas, galletas Saltines con paté de hígado.

Para la elaboración del Anuario del Colegio, se pedía al Secretario de las Sociedades la redacción de una crónica de sus respectivas actividades, y se destacaban algunos trabajos. Pues para el anuario del año 59, escogieron sin que yo supiera dos sonetos, uno ya muy famoso en el Colegio titulado LA ROSA, y otro que fue robado a mi padre titulado El Testamento del Marrano.

Sobre La Rosa, digamos que era un cursi y rimbombante sonetillo, pero que fue el que me dio la fama de poeta, y el más recordado por los compañeros de clase. Treinta y cinco años más tarde, estando en una gira por los lados de Sonsón, me encontré con un condiscípulo Ingeniero, que trabajaba en la pavimentación de la carretera. Después de reconocernos, me preguntó que si había seguido con la poesía, que él había sido uno de los admiradores de mis sonetos, y que para comprobarlo me iba a recitar La Rosa. Y sin más preámbulos, en el Hall del Hotel, arrancó:

*Te dije que mi amor era una rosa
que yo a cambio del tuyo te daría
cuando llegara el esperado día.
Pero entonces estabas tan ansiosa,*

*que tomaste la flor entre tus brazos,
y con tus manos finas, fuertemente,
la apretaste feliz y locamente
convirtiendo mi amor en mi pedazos.*

*Y yo viendo mi amor tan destrozado,
te miré en mi afán desesperado,
miré hacia el suelo y a tus manos finas,*

*y encontré con dolor, horrible cosa,
en el suelo los pétalos de rosa
y en tus manos clavadas las espinas.*

Hacia el final, ya los dos estábamos recitando los versos en coro. No había nada que esconder. Eran mis versos. Pero luego me dijo que también recordaba algo del soneto de la muerte del marrano, y ahí fue cuando me sobrevino una especie de escalofrío. El solo recuerdo de tan penoso episodio me obligó a cambiar la conversación por otros recuerdos de la vida de colegio. Y es que la cosa no era para menos.

Resulta que para una de las sesiones de la Sociedad Literaria, había quedado de recitar una de mis características composiciones. Pero me cogió la víspera sin haber escrito nada nuevo, y fue cuando recurrí a los archivos de Pedrito, mi padre, que no estaba por esos días en casa. Bueno, hoy puedo especular que escogí versos de mi padre, y no de

algún poeta de renombre, por el temor inconsciente de cometer plagio, o mejor, de ser cogido en el engaño. Y si señor que entre los archivos hallé un soneto simpático que Papá recitara en uno de los Sampedros en la granja de Chinchiná, según rezaba en anotaciones aparte. Por este detalle, me vi forzado a escribir los versos con mi letra en una hoja de cuaderno.

La sesión transcurrió normalmente. Llegado el turno, Héctor leyó el soneto, se escucharon los consabidos aplausos y hubo abrazos de felicitación. Hacia el final de la sesión, el Hermano Daniel me pidió el escrito que yo sin malicia le fui entregando. No sentí el menor cargo de conciencia, era una simple rutina en mi oficio de presentar versos en la Sociedad, simplemente había sido una avivatada ante un caso de emergencia, y que de haber tenido a mano uno de mis poemas, jamás hubiera recurrido a esta pequeña ingenuidad.

Pero para que este episodio llegara a convertirse en historia, sucedió lo impensable. Y fue que entre cientos de versos, precisamente alguien escogió El Testamento del Marrano para publicarlo en el anuario del colegio.

Ni por casualidad volví a acordarme de este episodio, hasta terminado el año escolar, cuando repartieron el Anuario. La reseña de la Sociedad era generosa conmigo: "...tuvimos oportunidad de deleitarnos con los magníficos trabajos presentados por algunos de sus miembros...en primera línea los cuentos de Mario Gamboa, los versos de Héctor Alarcón... se distinguieron especialmente por su facilidad de palabra y la fuerza de su argumentación los señores Gómez, Alarcón y Gamboa...". Hasta ahí todo bien. En la página siguiente aparecían dos poemas míos, uno de ellos LA ROSA, y hasta ahí todo bien. Pero el otro era nada menos que El Testamento del Marrano. Y fue cuando sentí esa especie de escalofrío que reviví en el encuentro con mi amigo treinta y cinco años después. Mi primer impulso fue aislarme, luego procedí a arrancar la hoja del anuario antes de llegar a casa. Todavía conservo ese ejemplar, desde luego sin la hoja faltante, y por tanto no puedo reproducir el soneto referido. Después había que estar pendiente de la llegada de mis hermanos, y si traían El Liceísta, que así titulaba el anuario, esperar el momento adecuado para arrancar las hojas correspondientes. Y así lo hice. Todo por el miedo a que mi Padre pudiera encontrar sus versos publicados con mi nombre.

Pero cuando las cosas van a suceder, suceden. En un encuentro del Hermano Daniel y otros Hermanos con mi padre, le comentaron que estaban orgullosos de Héctor que ese año había sido muy colaborador, y que si ya había visto sus versos publicados en el Anuario. Pedro seguro les respondió que ya había hojeado la revista pero que no había tenido el gusto de leer los versos. Y si señor que cuando estábamos en casa me hizo la pregunta, me pidió que le trajera el Anuario, que el estaría muy orgulloso de leer los versos de su hijo. Ante la insistencia y contundencia del hecho, en lugar de agitarme sentí alivio. Como ya no cabían más disculpas, sentí la necesidad de contarle la totalidad de la historia, y eso me aliviaba. Como el bobo del pueblo que después de que lo lanzaron al río salió riéndose, y cuando le preguntaron por qué se reía, les dijo que estaba feliz porque ya había salido de eso, pues desde que lo habían amenazado con tirarlo al agua vivía muy nervioso.

Cuando Pedro notó mis ojos húmedos, nos encerramos en el escritorio y me dio confianza para hablar. Y le conté toda la historia, incluida la arrancada de las hojas.

Luego apareció ante mis ojos un ser humano que nunca había valorado suficientemente. Con una bondad y una dulzura infinitas, me dijo que no sufriera por una tontería de esas.

Le dije que yo no estaba preocupado por los demás, pues al leer los versos lo hice ingenuamente y nunca los había firmado. Que lo que me tenía apenado era haberle robado esos versos a mi propio padre.

Reducido el problema a las dos personas presentes, Pedro dijo que en lo que respecta a él, nunca me reprocharía lo ocurrido ni lo comentaría con nadie.

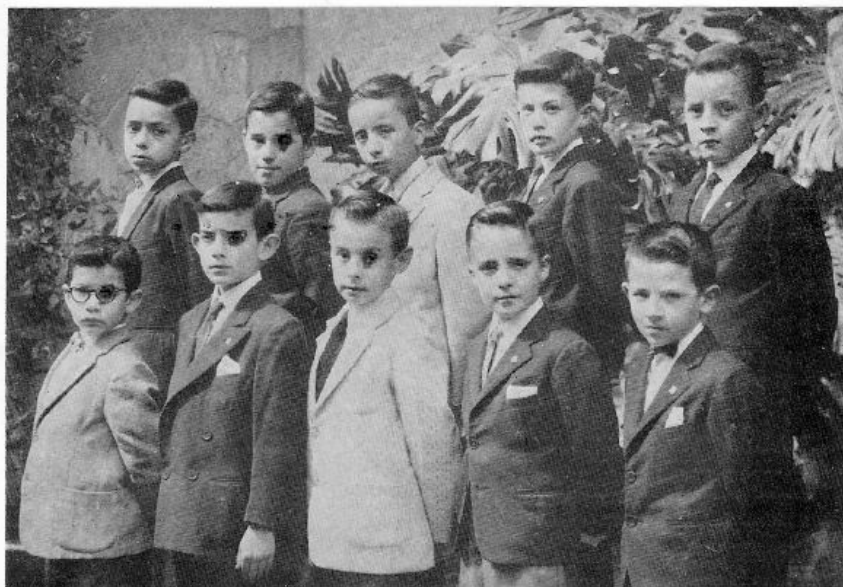
Luego me dijo que en realidad el no estaba seguro que esos versos fueran enteramente de él, ya que el tema contenía muchas frases de la tradición folclórica de esas festividades.

Después aclaró que en caso de que fueran enteramente suyos, el episodio quedaría olvidado entre los dos,

Y no solo eso, sino que tuviera en cuenta que todo lo de él era de los hijos y para los hijos.

Y finalmente pronunció una frase que me dejó un recuerdo imborrable. Me dijo que él se sentía muy emocionado y halagado de que habiendo tantos millares de poetas ilustres, yo hubiera tenido la amabilidad de considerar buenos sus versos y le hubiera dado el honor de escoger los suyos.

Bogotá, junio 2006.

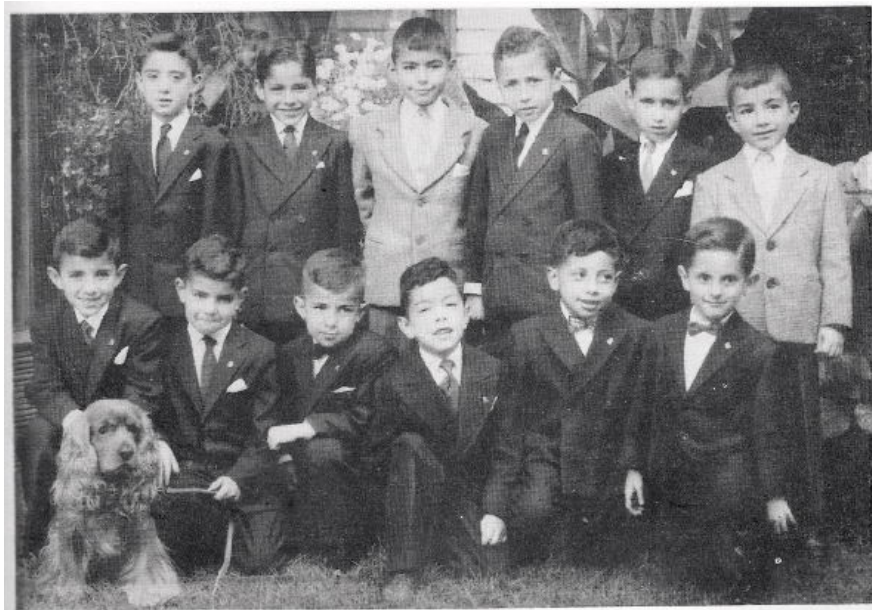


LOS PRIMEROS EN APROVECHAMIENTO:

Primera Fila: Raúl González Torres, Alvaro Alarcón Correa, Hernán Gutiérrez Sáenz, Germán Joya Sánchez, Luis García Alzugarate.

Segunda Fila: Gustavo Turriago Ortiz, Jaime Arévalo Sánchez, Fernando Zapata Ortiz, Alvaro Quiñones Rodríguez, Ricardo Medrano Vergara.

Alvaro en 1959



LOS PRIMEROS EN APROVECHAMIENTO:

Primera Fila: Gonzalo Alarcón Correa, Renato A. La Rave Bascónes, Jairo Fernando Díaz Jiménez, Daniel Francisco Araujo Celis, Carlos Eduardo Hernández Velandia, Edwin Rodríguez Paz.

Segunda Fila: Julio Fernando Ospina Martínez, Daniel Enrique Echeverría Manosalva, José Fernando Carvajal Guingue, Mario Javier Herrera Molina, Gabriel F. Acevedo Ordoñez, Juan Carlos Carvajal Guingue.

Gonzalo en 1959



Integrantes de la Sociedad Literaria. En más de 35 sesiones realizaron encomiable labor.

Héctor detrás del Hno. Daniel

Fin